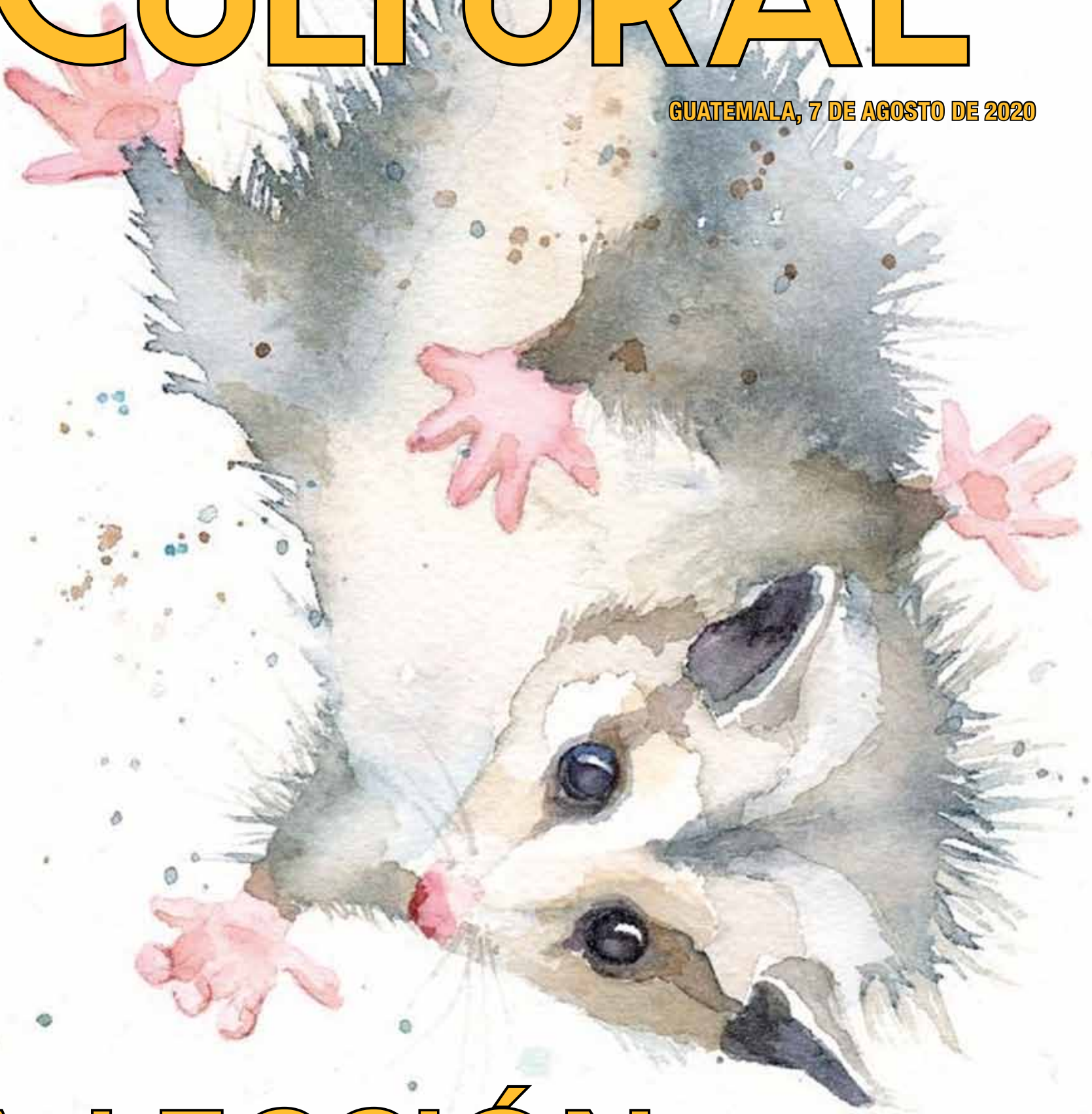


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 7 DE AGOSTO DE 2020



LA LECCIÓN del Tlacuache

PRESENTACIÓN

La situación por la que atraviesa la humanidad no es la mejor. Sumidos en dilemas como el de salir a trabajar o quedarse en casa u optar por la libertad o elegir la vida, la pandemia nos pone en aprietos nuevos. Por fortuna, José

Manuel Fajardo Salinas nos ofrece con su texto algunas luces que pueden orientar la acción si sabemos ordenar nuestra cabeza y domeñar nuestra voluntad.

Para ello se vale de la metáfora del Tlacuache o Tacuacín, un animal versátil que ayudado por su instinto ha sido capaz de sobrevivir airoso frente a las diversas trampas de la naturaleza. La idea consiste en aplicar la estrategia del marsupial para obligar al capitalismo a rendirse en su intento denodado de explotación y muerte de las sociedades en que predomina la ideología.

En esta dirección, Fajardo Salinas, propone, por ejemplo, la necesidad de un decrecimiento sostenible donde se abandone el consumo exagerado y la decisión de reducir el tiempo de trabajo. Sugiere mejores niveles de alimentación mundial, independencia frente a la esclavitud impuesta por las multinacionales, políticas que salvaguarden la vida de la tierra y la renovación del sistema educativo mundial.

Nuestro autor es asertivo en su propuesta al afirmar que "sin necesidad de ser un consumado economista, es claro que por la cantidad de riqueza que posee la banca mundial, sí sería posible una concienzuda ralentización de todo el aparato productivo, a fin de mostrar solidaridad con la población trabajadora y apostar por un tiempo de espera adecuado, a fin de que la exposición al peligro del contagio sea controlada (con la aplicación de la esperada vacuna contra el Covid-19). El salario mínimo universal que ha sido propuesto desde instancias civiles y religiosas coincide en lo elemental con el espíritu de esta propuesta".

Deseamos que el Suplemento lo encuentre bien en su hogar y que la lectura de los textos le ayude a renovar su entusiasmo por la vida. Hay mucho por hacer y usted es fundamental para la instauración de un mundo mejor que nos incluya a todos, principalmente a los más desfavorecidos y en desventaja social. Un proyecto así merece ser vivido. Hasta la próxima.

LA LECCIÓN DEL TLACUACHE Y LOS PRINCIPIOS DEL DECRECIMIENTO

JOSÉ MANUEL FAJARDO SALINAS

Académico e investigador UNAH

Inicio este artículo describiendo a un original y simpático personaje, cuya singularidad va a la par de su particular apariencia y la anchura de sus apelativos. Me refiero a la zarigüeya, que posee un conjunto de nombres muy variado desde Norte a Sudamérica, así: tlacuache común, raposa, rabipelado, runcho, zorro, chucha o fara; asimismo chucha orejinegra, tlacuache sureño, cangrejera, en Honduras: tacuacín o guazalo (para un índice de nombres más detallado con referencia a cada país, revisar: <https://es.wikipedia.org/wiki/Didelphimorphia>).

Su nombre científico: *Didelphis marsupialis*; es una especie de marsupial didelfimorfo de la familia *Didelphidae* (que posee dos úteros, uno interno y otro externo), propia del sureste de Norteamérica (sureste de México), toda América Central y norte de Suramérica. Ahora bien, dentro de la rica serie de características que posee, quiero destacar dos para los propósitos de este escrito: primera, su filogénesis (o sea, su desarrollo como especie), que señala una pervivencia en el planeta de 66 millones de años (viniendo del período Cretácico superior, época de dinosaurios), ampliamente superior a nuestro género *Homo*, de más o menos dos y medio millones de años; y segundo rasgo, su capacidad de "hacerse el muerto" cuando se le ataca o se encuentra acorralado. Este par de características son de sumo interés, en cuanto que este "fósil viviente" (término aplicado a aquellas especies vivas que han cambiado poco en relación a sus ancestros), seguramente tiene importantes lecciones que

aportarnos, ya que ha demostrado una capacidad de adaptación y sobrevivencia innegable.

El antropólogo mexicano don Alfredo López Austin, ha hecho la valiosa labor de escudriñar las narrativas mesoamericanas en torno a este animal, y escribió un ameno libro titulado: *Los Mitos del Tlacuache* (UNAM, IIA, México, 2006). En dicha obra, se puede confirmar lo respetado y admirado que fue este marsupial para la tradición mesoamericana, ya que hay varias historias y fábulas que lo ensalzan, en especial por su astucia y por la capacidad de salir adelante en las más duras circunstancias.

En una de sus andanzas, se convierte en el Prometeo americano, ya que debido a una contingencia de mucha oscuridad y frío, se ofrece ante la asamblea de animales para robar el fuego de la casa una bruja... todos murmuran, no creen que un ser de apariencia tan ordinaria, y además tan lento, sea capaz de tal proeza; sin embargo, el tlacuache marcha despacio, pero confiado, y sabe presentar los argumentos que le permiten ingresar a lugar donde está secuestrado el ígneo elemento... Y ahí, en un descuido de la raptora del fuego, mete su cola entre las brasas y sale huyendo para repartir chispas benéficas por todo el mundo (ello explica porque tiene la cola pelada).

A partir de una serie de narrativas semejantes, contadas con un espectro de variantes por los grupos indígenas del México mesoamericano (lo que contribuye a enriquecer su *humus* mítico), emerge una personalidad más cercana a lo báquico que a lo apolíneo, ya que el tlacuache es pendejero y bebedor, roba y miente, se mueve en lo discreto y no aparece destacando, ya que no es físicamente tan bien dotado como otros miembros del reino animal, pero por la misma razón, hace de la palabra su arma, jugando entre la acribia y la retórica, y así, logra sus objetivos donde otros desfallecen. Vasijas de barro con su figura, dibujos alusivos, y sobre todo, la rica tradición oral, dan cuenta del aprecio que la cultura mesoamericana

cultivó para este personaje.

Luego de este repaso de nomenclatura, datos científicos y raigambre cultural de nuestro protagonista principal, quiero pasar a exponer una breve reseña sobre lo que se conoce como "principios del decrecimiento". Antes de ello, aclaro que tanto los datos de nuestro amigo marsupial como los del decrecimiento, guardan a mi modo de ver, una estrecha relación, que aclararé en forma de conclusión al final de nuestro recorrido.

Hay ciertas lecturas que quedan guardadas en el fondo de la consciencia, y que al pasar de los años, retornan cuando se les necesita. Algo así es lo que me ocurre ahora, pues en el año 2009, leí los artículos contenidos en la edición de la *Agenda Latinoamericana* de esa ocasión (<http://latinoamericana.org/digital/2009AgendaLatinoamericana.pdf>), y en estos días, en que se plantea la urgente necesidad de recuperar ritmos y aceleraciones económicas, a fin de no quedar estancados por la clausura obligante de la pandemia, un recelo emerge... y la pregunta sincera es: ¿no habrá caminos alternativos? De ahí que, entre otros, coloco a consideración un limitado resumen de las ideas que implica el decrecimiento, a saber:

Crecimiento y sostenibilidad son antónimos; lo aclaró en 1972 el informe del Club de Roma, *Los límites del crecimiento*, y la razón evidente es que el planeta que habitamos tiene un perímetro no infinito, o sea, posee medidas y recursos límite. De ahí que cualquier obsesión con un crecimiento ilimitado solamente puede degenerar en monstruosidad. Gracias a la obra del rumano Nicholas Georgescu-Roegen, titulada *La ley de la entropía y el proceso económico* (1971), tenemos ideas apropiadas de economía ecológica y fundamentos para la teoría del decrecimiento económico.

Indagando a fondo en el sentido del decrecimiento, es notable que la inspiración no venga de los bienes materiales directamente, sino de los favores que gana el desarrollo de la

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora

Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

vida cuando estos recursos son sabiamente direccionados. O sea, el objetivo al que se apunta es de naturaleza inmaterial, lo cual sintoniza con la frase de John Ruskin, crítico de la industrialización inglesa de la época victoriana: “No hay otra riqueza que la vida”; en consonancia con la ética vitalista, ello denota un arco de sentido con el *conatus* de Spinoza, y la voluntad de poder en Nietzsche. Este talante señala acciones concretas que se perfilan en el programa de las “R” (reevaluar, reestructurar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar; donde cada verbo implica una conversión espiritual y material subsecuente).

He aquí una cruzada que abarca la totalidad de campos de la vida contemporánea, con acciones no cosméticas: un cambio en la producción, de estilo gradual, apoyado por la participación ciudadana, que conduzca a un decrecimiento “sostenible”, abandonando el consumo exagerado y optando por los bienes saludables para la relación y la convivencia humana; la reducción del tiempo de trabajo, inspirada en la idea propuesta en 1930 por Keynes, que calculó una reducción de la jornada laboral de 40 a 15 horas (en el lapso de medio siglo), si un aumento del 2% de productividad se tradujese en ahorro de tiempo en lugar de aumento de salario, idea que no suena nada descabellada cuando se contemplan las ingentes cantidades de capital que mueve el mundo financiero actual (esto conecta con los estudios de Edgar Morin, acerca del período Paleolítico, cuando las poblaciones humanas vivían en superabundancia, trabajando de cuatro a cinco horas diarias, dedicando el resto de la jornada a celebraciones, expresiones artísticas, culto, etc., o sea, al ocio productivo en el rango estético, espiritual y cultural); continuando, algo muy elemental y práctico: producir y consumir localmente, y no ceder a la falacia de que el comercio internacional depende de colocar todo producto en cualquier lugar y al precio que sea necesario, ello da lugar a gastos extremos por el afán de satisfacción absoluta (lo cual es una manifestación de la monstruosidad ya mencionada previamente, en cuanto no limita el deseo humano a lo benéfico para el bien común).

A raíz de un proyecto basado en cambios de este género, el autor del texto referido, Joan Surroca i Sens, sugiere ideas que versan sobre las consecuencias sumamente positivas que asomarían: desde un mejor nivel de alimentación mundial, independencia respecto a la esclavitud impuesta por las multinacionales, un transporte de personas inclinado a lo colectivo (rompiendo la ideología del automóvil personal), entre otras. Asimismo, se puede colegir la necesidad de aplicar un sistema educativo renovado que apuntale la línea valórica de respeto por las diferencias y unidad en los propósitos compartidos. Y este último aspecto mencionado, la educación, es esencial, pues solamente elevando y alimentando el nivel de conciencia humana, es que un cambio tan radical se vuelve posible.

Una acotación no está demás en este momento, y es pensada en relación a aquellos lectores que han fruncido el ceño al leer los tres últimos párrafos, ya que es muy probable escuchar a lo lejos comentarios como: “utopía vana”,

“sueños ilusos”, “ideas inaplicables” ... lo cual es indicativo de dos síntomas del pensamiento moderno prevalente: incapacidad para imaginar y performatividad mercantilista. La segunda situación es explicable, pues la humanidad occidental lleva ya un quinquenio de siglos marcados por la pauta de la Florencia renacentista, donde el imperio de la banca y el capital financiero han impuesto una lógica difícil de eludir, reformar o repensar; pero lo primero, la incompetencia para figurarse nuevos derroteros civilizatorios, es sobre todo triste, pues si algo que ha caracterizado a nuestro género humano, ha sido precisamente la capacidad de saltar del terreno de lo dado a lo factible, haciendo de la imaginación la virtud por excelencia para sortear lo intrincado. De este modo, desoír de entrada esta alternativa, que seguramente no es la única, puede significar un enclaustramiento mental y cordial en la sintonía del propio hábito, de las costumbres clasistas heredadas, y quizá, del lugar epistemológico abonado por el propio interés económico. El foro social mundial, con su lema: “Otro mundo es posible”, es la contraparte a esta tendencia.

Y ahora sí, visto el concepto de decrecimiento (y los posibles trasfondos ideológicos de sus objetores), es dable comprender y dejar planteada la lección que el amigo marsupial tiene para nuestra circunstancia: así como este animalito tuvo en su evolución natural, la feliz adaptación instintiva de desmayarse hasta quedar en coma, cada vez que su vida peligraba, el momento de una pandemia global semeja dicha situación límite para nosotros como humanidad; por ello, sino por conciencia racional, al menos por instinto de conservación, las comunidades y sociedades humanas están invitadas a imitar dicho ejemplo, negándose rotundamente a una simple e ingenua “vuelta a la nueva normalidad”, y apurando al máximo su capacidad imaginal, inventar novedosas estrategias para “hacerse el muerto” y asegurar así su supervivencia. Sin necesidad de ser un consumado economista, es claro que por la cantidad de riqueza que posee la banca mundial, sí sería posible una concienzuda ralentización de todo el aparato productivo, a fin de mostrar solidaridad con la población trabajadora y apostar por un tiempo de espera adecuado, a fin de que la exposición al peligro



del contagio sea controlada (con la aplicación de la esperada vacuna contra el Covid-19). El salario mínimo universal que ha sido propuesto desde instancias civiles y religiosas coincide en lo elemental con el espíritu de esta propuesta.

¿Será posible esperar un aprendizaje de esta envergadura para la población humana global? No lo sé; hasta el momento no tengo la impresión de que haya aparecido a nivel de los liderazgos mundiales alguna forma de postura que indique cercanía a lo previo. Parece que son otras razones y otros argumentos los que pesan y definirán lo que vendrá. Entretanto, lo que sí es cierto, es que nuestro Prometeo americano seguirá sobreviviendo y construyendo mitos con un modo de existencia sabiamente discreto y escondido. Quizá en un futuro, narrará a otros oídos lo que ocurrió con quienes no siguieron su ejemplo a tiempo. Cierro esta reflexión con unas palabras del citado Nicholas Georgescu-Roegen: “El estado estacionario demandaría menos recursos de nuestro medio, pero mucho más de nuestros recursos morales” (https://es.wikipedia.org/wiki/Nicholas_Georgescu-Roegen).

LA PANDEMIA NOS OBLIGA A PENSAR EN EL PRÓJIMO

DENNIS ORLANDO ESCOBAR GALICIA

Periodista

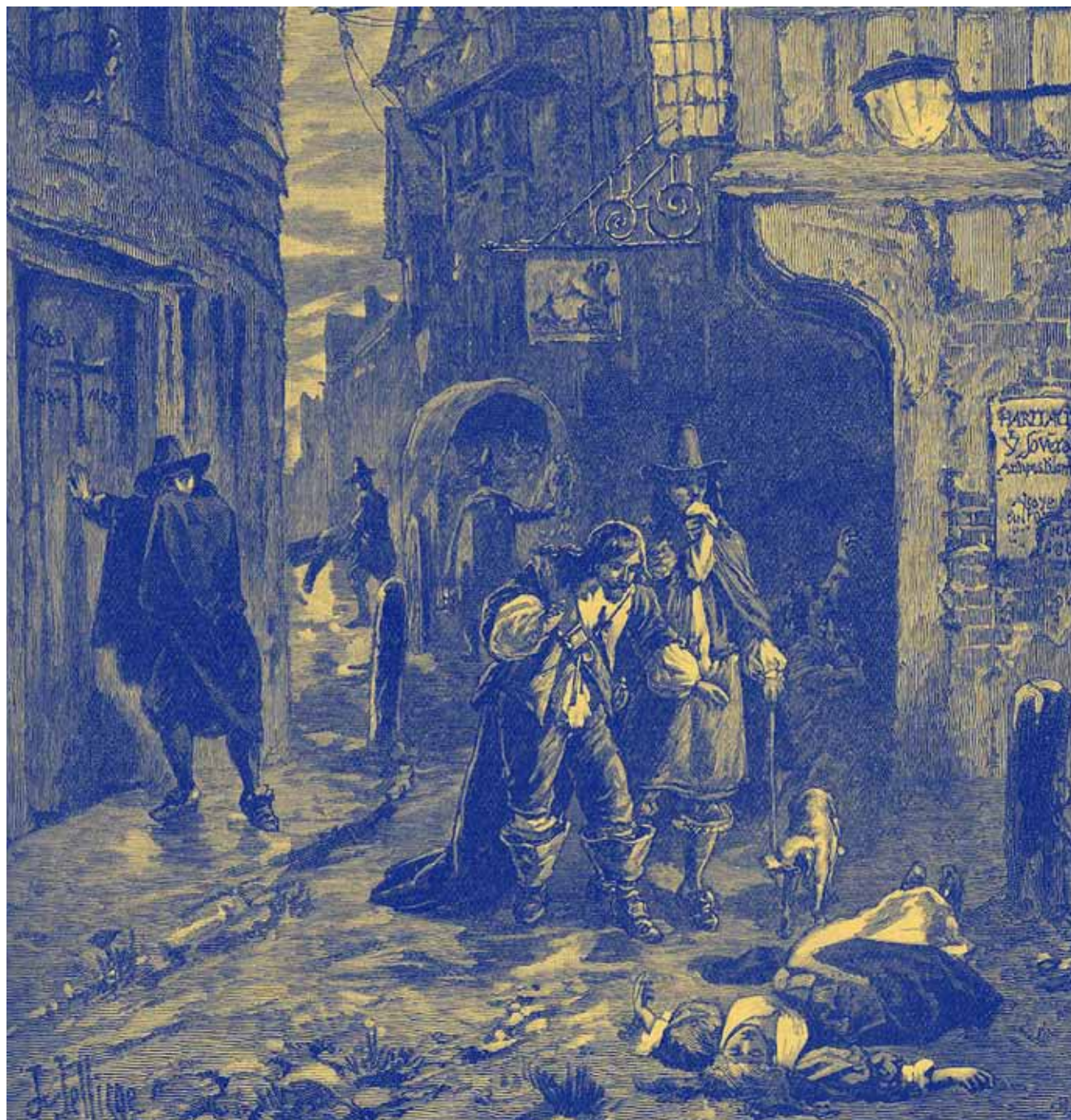
La pandemia del Covid-19 nos ha confirmado con creces que el ser humano es más gregario que aislado (Nada que ver con el Lobo estepario, de la novela de Hesse). Esta enfermedad es eminentemente infecciosa y por lo tanto social.

Es decir: transmisible. No ve caras ni condiciones de poder, socioeconómicas y culturales. El primer humano que se infectó con el virus fue contagiándolo –seguramente sin quererlo– de persona a persona porque éste para reproducirse necesita incubarse en otros cuerpos. No obstante, ha habido quienes, por ignorancia o irrespeto a sí mismos y a sus semejantes, no han sabido cuidarse y por añadidura cuidar y respetar a los demás.

Desafortunadamente la sentencia «El hombre es un lobo para el hombre» de Thomas Hobbes se ha manifestado en algunos grupos sociales de diferentes países, tal el caso de los aquelarres realizados en Guatemala o los masivos pandemonios llevados a cabo en Estados Unidos. A pesar de las diferencias, esas actitudes reflejan formas de pensar totalmente inhumanas que rayan los más elementales principios de respeto a los derechos humanos.

Esta calamidad, tan real como la vida misma, nos obliga -si queremos sobrevivir- a tener presente, en todas nuestras actuaciones, que todo lo humano no nos debe ser ajeno. Debe importarnos lo que le aflige y por lo que goza hasta el más distante de nuestros congéneres, en virtud de que todos somos parte de este mundo llamado Tierra.

¿O acaso ahora no nos preocupa que nuestro vecino de vivienda, de barrio, de territorio y hasta de continente esté siendo afectado por la pandemia? Al que no le inquieta en lo más mínimo, entonces no quiere vivir ni dejar que los demás vivan.



Alguien así ha dejado de ser humano y se ha convertido –o siempre ha sido– un armatoste al servicio de los más aviesos intereses tecnológicos.

No hace mucho, ahora que estoy conociendo mi propia casa -así de literal como lo escribo- por las circunstancias, tocaron a mi puerta -era un día del lluvioso temporal- y a regañadientes abrí. ¡Era un par de muchachitas con cesta en mano, cual Caperucitas Rojas! Inmediatamente especulé: que chingadera la de estas vendedoras. ¡Pues resulta que no! Eran mis vecinas a las que nunca había visto mucho menos saludado. Tentaban mi portón para obsequiarme una cesta con bananos y aguacates.

Tal vez solo los frutos y no la canasta. En tiempos de mi Mamá Grande, con la que me crié, se devolvía la canastilla con otras viandas.

¿Qué hacer ante tan inesperada situación que vino a sacarme de casillas? Nomás cavilar que soy humano y que formo parte de un conjunto social. Allá y más acullá se quedó el grupo de relaciones laborales y demás... Ahora comprender que son otras las circunstancias; otro lunes, otro martes, otro momento diferente. Pensar... pero también cuidarme para resguardar a los vecinos y que ellos a la vez me protejan a mí. ¡Todos a la vez!

No pienso regresar inmediatamente

-sin un filósofo- tocar la puerta y decir muchas gracias con la boca llena de agradables recuerdos comibles. Y hasta diente al labio gritar: ¡Que frutas tan «deliciosísimas» las que me obsequiaron! Suficiente con cuidarme, mantenerme con sanidad y no afectar a los demás. Ya eso es bastante y mi vecino, mi prójimo, me lo agradecerá. ¡Eso creo!

Mientras pongo el punto final de esta vivencia...unas hormigas caminan y caminan –en fila. Ellas son eminentemente gregarias, mucho más que nosotros los humanos. Son un ejemplo de seres eusociales. Es decir que poseen el nivel más alto de organización social.

GEDEÓN Y SUS MISAS

VÍCTOR MUÑOZ
Premio Nacional de Literatura

Luego de los saludos de mera cortesía, Gedeón procedió a contarme lo del nuevo sacerdote de la iglesia de la colonia en donde él vive.

Fijate vos que como el padre que nos daba la misa ya estaba bien viejito y ya se cansaba bastante y a veces no se le entendía lo que decía, vino otro padre, pero ese nuevo padre es de aquellos padres de misa de dos horas o dos horas y media. Misa solemne es que le dice el sacristán. Y la gente, que tan desconsiderada que es y solo para joder sirve, asiste con sus muchachitos y

muchachitas. Y después de un rato, tanto los muchachitos como las muchachitas se aburren, como si les picara alguna cosa en el cuerpo o les picara todo el cuerpo. Y unos se ponen a corretear por allí, otros a llorar, otros a vomitar y otros a rascarse frenéticamente.

Y los adultos, que debieran dar el ejemplo, en vez de corregir a los niños se ponen a cuchichear y a hablar mal de la gente y del padre, como si estuvieran en el mercado o en el parque. Y el padre regaña a todo el mundo y advierte que si no se comportan como la gente ya no sigue con la misa, entonces la gente hace silencio y cada quien les advierte a sus muchachitos que si no se callan el padre los va a regañar. Y el calor se pone

desesperante. Y como la gente vio que la misa se llevaba mucho tiempo, dio en llegar un cuarto de hora más tarde, entonces el padre dio en comenzar un cuarto de hora más tarde también; entonces la gente se tomó otro cuarto de hora y el señor Cura también. Y así sucesivamente.

Y la misa de nueve de la mañana llegó a comenzar a las tres de la tarde, después a las siete de la noche. Y como quien no quiere la cosa, de quince minutos en quince minutos, ahora da inicio a las once y media de la noche. Y yo digo que para como van las cosas, el mes entrante estaremos comenzando a la una y cuarto de la mañana. Yo no entiendo por qué la gente de una vez no colabora, ¿verdad vos?



EPISTOLARIO

CARTA A MI PADRE, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

RODRIGO GARCÍA

Gabo,

El 17 de abril fue el sexto aniversario de tu muerte, y en gran medida el mundo ha seguido como siempre, con el ser humano comportándose con crueldad creativa y asombrosa, con generosidad y sacrificio sublimes y con todo lo que hay en medio.

Una cosa es nueva: una pandemia. Se originó, hasta donde sabemos, en un mercado, donde un virus brincó de un animal a una persona. Un pequeño paso para un virus, pero un gran salto para su especie. Es una criatura que evolucionó durante un tiempo incalculable a través de la selección natural hasta llegar a ser el pequeño monstruo voraz que es actualmente. Pero es muy injusto referirse a él en tales términos, y lamento si mis palabras lo han ofendido. En realidad, él no tiene nada particular en contra nuestra. Se aprovecha porque puede. Esa actitud sin duda nos es familiar. No se trata de nada personal.

No paso solo día sin cruzarme con una referencia a tu novela *El amor en los tiempos del cólera* o a una variante de su título o a la peste del insomnio en *Cien años de soledad*. Es imposible no especular sobre qué te habría parecido todo esto. Siempre te fascinaron las

plagas, reales o literarias, así como las cosas y las personas que retornan.

Todavía no habías nacido cuando la pandemia de la gripe española azotó el planeta, pero creciste en una casa donde reinaban las historias y donde una plaga, así como los fantasmas y los remordimientos, debieron servir de buen material literario. Decías que la gente hablaba de acontecimientos que sucedieron en los días del cometa, probablemente refiriéndose al paso del cometa Halley a principios del siglo XX. Recuerdo lo emocionado que estabas de ver al cometa con tus propios ojos cuando regresó hacia el final del milenio. Te cautivó, como si fuera un reloj misterioso marcando silencioso la hora una vez cada 76 años, en un ciclo que se aproxima al tiempo asignado al ser humano. ¿Será una coincidencia? Probablemente solo sea otra pista falsa. Eras ateo, pero también pensabas que era inconcebible que no hubiera un plan maestro del universo, ¿recuerdas? Que no hubiera quién contara el cuento. Es posible que, en ese sentido, tu punto de vista sea ahora más claro que el mío.

Ha vuelto una pandemia. A pesar de los grandes avances de la ciencia y el tan celebrado ingenio de nuestra especie, nuestra mejor defensa hasta ahora es simplemente

quedarnos en casa, escondidos en nuestras cuevas para que el depredador no nos encuentre. Para los que al menos tengan un poco de humildad, es un momento de reflexión. Para los demás, es solo una cosa más que aniquilar.

Dos de los países que más querías, España e Italia, se encuentran entre los más afectados. Algunos de tus amigos más antiguos y queridos en Barcelona, Madrid y Milán están sobrellevando la pandemia lo mejor que pueden en los mismos pisos que tú y Mercedes visitaron innumerables veces durante décadas. He escuchado a varias personas de esa generación decir que están decididas a sobrevivir, aunque sea solo por evitar caer víctimas de una maldita gripe después de décadas de sobrevivir a cánceres, tiranos, trabajos, matrimonios y responsabilidades.

La muerte no es lo único que nos aterroriza, sino las circunstancias. Una salida final sin despedidas, atendidos por extraños disfrazados de extraterrestres, máquinas pitando despiadadamente, rodeados de otras personas en situaciones similares, pero lejos de nuestra gente. Es lo que tú más temías, la soledad.

A menudo decías que *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe fue una de tus mayores influencias, pero hasta ayer yo había olvidado que incluso tu historia favorita, *Edipo rey*, giraba alrededor de los esfuerzos de un rey por acabar con una plaga. Yo recordaba sobre todo la trágica ironía del destino del rey, pero fue la peste lo que desató las fuerzas que precipitaron su caída. Tú dijiste una vez que lo que nos atormenta de las epidemias es que son un recordatorio del destino personal. A pesar de las precauciones, la atención médica, la edad o la riqueza, cualquiera puede sacar el número perdedor. Destino y muerte: temas muy queridos de muchos escritores.

Creo que si estuvieras aquí ahora, estarías fascinado por el hombre. El término "hombre" no suele usarse como antes, pero haré una excepción, no como un guiño al patriarcado que detestabas, sino porque resonará en los oídos del joven y escritor aspirante que fuiste, con más sensibilidad e ideas de las que sabías expresar, y con una fuerte convicción de que la suerte está echada, incluso para una criatura a imagen de Dios y condenada al libre albedrío. Te compadecerías de nuestra interconexión, te entristecería el sufrimiento, te enfurecería la insensibilidad de algunos líderes y te conmovió el heroísmo de las personas en los frentes de batalla. Y estarías ansioso por saber cómo los amantes desafían

cada obstáculo, incluido el riesgo de muerte, para estar juntos. Por encima de todo, estarías tan embelesado con los seres humanos como siempre.

Hace unas semanas, durante los primeros días que estuvimos reclusos en casa, mi cabeza se esforzaba por comprender lo que podía significar todo esto, o al menos lo que podría salir de ello. Fracasé. La niebla era demasiado espesa. Ahora que las cosas se han vuelto más cotidianas —como lo hacen con el paso del tiempo, incluso en las guerras más aterradoras— aún no logro explicármelo de manera satisfactoria.

Muchos están seguros de que la vida ya nunca será la misma. Es probable que algunos hagamos grandes cambios, y otros hagamos pequeños cambios, pero sospecho que la mayoría volverá al baile. ¿No sería un buen punto argumentar que la pandemia es una prueba más de que la vida se desvanece de la manera más inesperada y que debemos vivir en grande, y vivir en el aquí y el ahora? Uno de tus propios nietos ha expresado esa opinión.

Las restricciones al movimiento comienzan a relajarse en algunos lugares, y poco a poco el mundo intentará aventurarse hacia la normalidad. El solo hecho de soñar con la libertad inminente hace que muchos empiecen a olvidar las promesas a los dioses que hicieron tan recientemente. Se va debilitando el impulso por procesar el impacto de la pandemia en nuestro ser más profundo, y en toda la tribu. Incluso muchos que anhelamos entender lo que sucedió nos sentiremos tentados a interpretarlo a nuestro gusto. Ya las compras amenazan con regresar en grande como nuestro narcótico favorito.

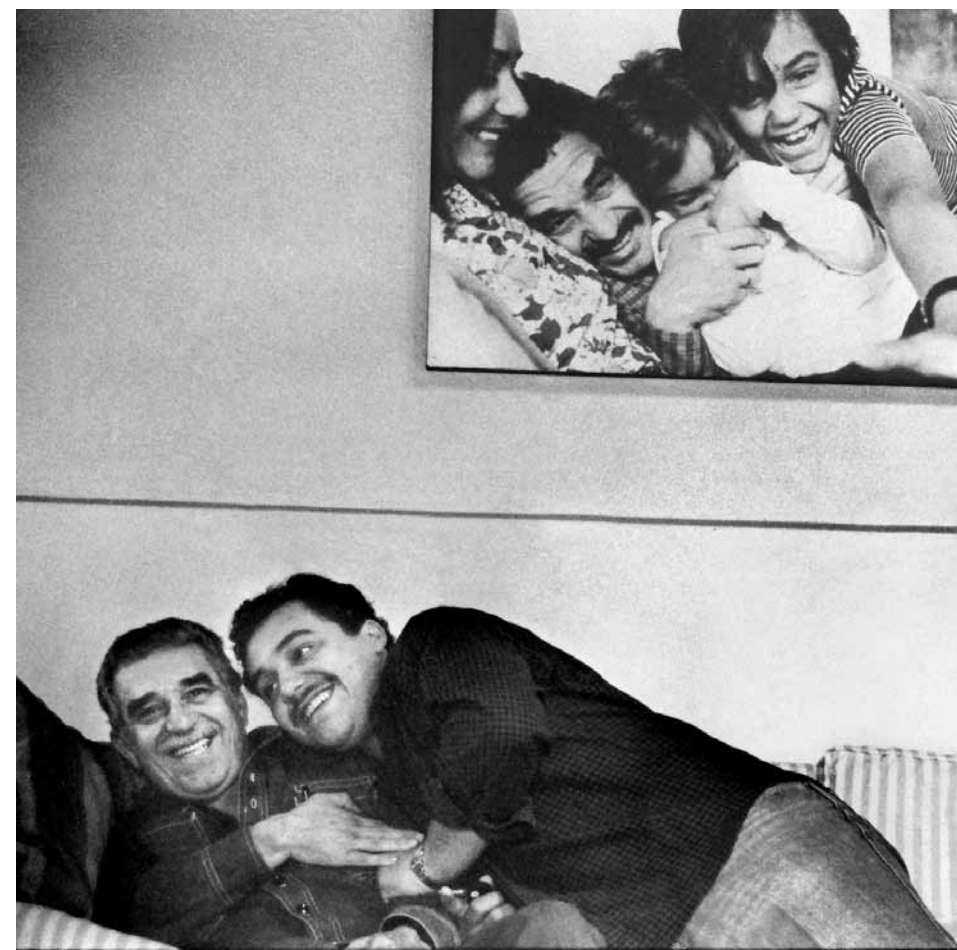
Todavía sigo en la niebla. Parece que de momento tendré que esperar a que los grandes maestros, presentes y futuros, metabolicen esta experiencia compartida. Espero ese día con impaciencia. Una canción, un poema, una película o una novela me indicarán, finalmente, el rumbo por el que están enterrados mis ideas y sentimientos sobre toda esta situación. Cuando llegue ahí, seguramente tendré que cavar un poco más yo mismo.

Mientras tanto, el planeta sigue girando y la vida sigue siendo misteriosa, poderosa y sorprendente. O, como solías decir tú con menos adjetivos y más poesía, nadie le enseña nada a la vida.

Rodrigo.

Tomado de:

<https://www.nytimes.com/es/2020/05/06/espanol/opinion/garcia-marquez-pandemia-carta.html>



POESÍA

KARINA MARIELA GUERRA

Karina Mariela Guerra (Chiquimula, Guatemala). Dentro de su producción literaria se encuentran los poemarios “La Patria, Vos y la Poesía”, “Extiendo mis alas”. Su trabajo es apoyado por el Colectivo Cultural Atrapados en Azul Hn; antologada hispanoamericana en los libros “Letras sin Fronteras”, en todas sus ediciones, San Salvador, El Salvador; en las obras digitales

“Poemas para Berta Cáceres”, antología poetas del mundo, y “Brasil, ni una más”, por la biblioteca de Las Grandes Naciones. Participa activamente del proyecto literario “Cadáver Nómada”.

Lo que somos

Sos el mar,
El sol,
La sal.

Yo,
Gaviota en tu puerto.

Luna llena de abril

En la cumbre del Gran Jaguar
En esa última escalinata.

En lo ignoto de La Danta
Bajo la espesa selva
Y el calor del trópico.

Señorea la noche
Se baña en el cañón del Río Dulce.

Acaricia a la Madre Tierra
Al ir despacito por los cric,
Inmensos humedales dormidos.

En la Cruz del Calvario,
O en los ojos brillantes
Con ganas de huir del confinamiento.

La luz, perfecta,
Para largarse del exterminio.

Descalza cruzar el inframundo,
Y sumar soles a mi vida.

In contra

Son mis dedos
La plegaria a la vida.
La magia que consume
La tormenta de tus días.

Son mis manos
El hechizo de las noches.
El trasiego que dispara
El huracán de tus ganas.

Son mis piernas
La embestida de las madrugadas.
La locura que mueve
La sensatez de tu mirada.

Vos me encontrás en el cerrojo,
En la calle, en la música de trova,
En el juicio Sepur Zarco,
En los expedientes olvidados.

Me encontrás en la mirada adversa
Del que lleva la carga cuesta arriba,
En el diario de la cuarentena obligada.

Vos me encontrás en la página
Del libro que acabas de leer,
En la mirada de tu espejo.

En la mañana taciturna,
Bajo el sombrero del que siembra
En la esperanza de un beso.

En un momento

El aire pesa en este instante
Ronda una bruma negra.

Sigo escuchando las campanas
De un Santuario que no existe,
El hielo de la madrugada me consume.

Intenté pararme frente a vos,
La gitana leyó mi mano de nuevo
Quiso pronunciar su augurio.

Hoy la noche es tétrica,
La sombra del mal avanza,
No quiero perder la esperanza.

Nos movemos entre amaneceres grises
Entre letanías proféticas
Pareciera que el mundo colapsa.

Y en mí,
Las ganas de volver a vos.

Patria en la poesía
Dulce Patria mía
La más hermosa de América.

Me ha de seguir naciendo poesía
Al contemplarte
Guerrera en las calles,
Obrera en las manos amorosas
Que siembran,
Que abrazan.

Verde en los bosques de ciprés,
Mil colores en el campo fértil,
En los hilos del huipil.

Blanco inmenso regazo de nubes
Que acarician a Los Cuchumatanes.
Azul fundido en el infinito.

Al contemplarte
Fortaleza desde tu ADN volcánico
Espíritu de Gucumatz
Corazón del Cielo.

He de seguir haciéndote poesía
En la mirada,
En el Sol,
En el viento,
En el día a día
Y en la Primavera.

Patria mía.





ESTÉTICA

HIMNO A LA BELLEZA INTELECTUAL

PERCY B. SHELLEY

La leve sombra de un poder ignoto sobre nosotros ciérnese invisible. Huésped que baja a este diverso mundo, morando en él con tan fugaces alas como los tenues vientos del estío

que ondean por las flores. Semejante a ese rayo de luna que la cima

del elevado monte de luz baña, su fugitiva aparición visita

el triste corazón de los humanos: matices y armonías de la tarde,

nubes que en luz de estrellas se derraman, recuerdo de una música remota,

algo que por su gracia es adorado, y todavía más por su misterio.

Alma de la belleza que consagras con tus colores todo lo que enciendes sobre la forma y pensamiento humanos.

¿Adónde huiste? Di, ¿por qué nos dejas en esta oscura condición, en este triste valle de lágrimas desierto? Dinos por qué la luz solar no trenza eternos arco iris sobre el monte

y algo se esfuerza y muere que entrevimos un instante...

.....

El día es más solemne y más sereno al

declinar la tarde. En el otoño

hay brillos en el cielo, hay armonías que el ardoroso estío desconoce como si fueran algo inexistente.

Tú cuya fuerza descendió lo mismo que la verdad de la naturaleza sobre mi triste juventud antaño,

de hoy más tu calma cede a mi destino, yo que me consagré a tu culto amando todas las formas que te contenían,

Espíritu sereno, cuyo hechizo a mi propio temor me encadenara y a amar por ti la humanidad entera.

(Traducción de Vicente Gaos)